

AL CARNERO TAMBIÉN LE GUSTAN LAS MUJERES

William Ramírez Tobón, Sociólogo, profesor del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional.

I.-LA INTENCIÓN.

La Historiografía y la Teoría de la Historia aún convocan polémicas acerca del estatuto científico de la disciplina histórica. Problemas tales como el de la objetividad, la posibilidad de verificación y la existencia misma del hecho histórico en cuanto elemento constitutivo básico del oficio, han sido planteados como aspectos fundamentales del debate. En todo ello ha emergido la vieja inquietud sobre si la construcción científica, en términos de una lógica sistemática y comprobable, es patrimonio único de las disciplinas naturales o es accesible también a las indagaciones sociales. Es decir, así como también existe una verdad natural y experimentable, ¿existe también una verdad social, evidente y comprobable?

Por la vía de la afirmación epistemológica, la Historia ha tratado de demostrar su solvencia científica mediante una cuidadosa pero siempre problemática definición del hecho histórico en cuanto objeto de su trabajo. El establecimiento del hecho histórico implica de inmediato la existencia de un vasto y ambiguo universo de hechos no-históricos susceptibles de ser convertidos, así sea en gracia de discusión, en eventos propios de la Historia. ¿Pero quién y qué le da esa cualidad? ¿lo hace el mismo acontecimiento poseído de una virtualidad propia para proyectarse sobre la memoria de los hombres? ¿o lo hacen los hombres, o más aún, un hombre en particular para quien determinado suceso le es significativo en especial? ¿lo hace la excepcionalidad del evento o la excepcionalidad de un investigador

que por un golpe de intuición y un severo sentido de disciplina lo rescata del anonimato y le da nombre, es decir, prestancia histórica?

Entre la Historia y la Historiografía hay, en todo caso, dos niveles diferenciables. Hubo un Napoleón sobre quien, sin duda, por las consecuencias de sus quehaceres, muchos tendrían que escribir. Pero existió también una Inés de Hinojosa quien, por el cotidiano impacto de sus ejecutorias, no tendría por qué esperar que se hablara de ella. ¿Son, quienes se ocuparon del Emperador, más historiadores que ese corriente Don Juan Rodríguez Freyle ocupado en escribir en la muy provinciana Santa Fé de Bogotá sobre personajes cotidianos?

Sobre la historia hecha por los primeros, hay toda una hermenéutica que verifica lo dicho respecto de lo acontecido y a partir de la contrastación objetiva certifica si lo producido es "real" o no lo es. Pero, ¿qué hacer con los relatos del segundo, escritos bajo el imperio de la pasión y los prejuicios, sin mayores cuidados por la comprobación y realizados según un interés de ningún modo identificable?

Hay que decir que estos interrogantes sólo se pueden resolver en la medida que el oficio del historiar se vea desprovisto de los fetichismos objetivistas y de rango que suelen oscurecer el sentido del acontecer humano. El concreto-histórico, ese objeto visible que tranquiliza la conciencia sensorial de algunos historiadores, no está sólo en el hecho verificable sino también en todo aquello menos

tangible pero igualmente real que conforma el imaginario de los hombres y de las sociedades. La ideología sobre el poder es tan real como el poder mismo, la simbología de la muerte es tan veraz y dramática como la muerte misma, la idea del hombre sobre el hombre es tan concreta como el hombre mismo.

El gran lugar que Rodríguez Freyle ocupa en la historiografía colombiana se debe, pues, a que lo dicho por él es todo un concreto-histórico. No es de suma importancia que lo testimoniado por él sea rigurosamente cierto ya que sus deformaciones, sus constantes pasionales para ver la realidad objetiva son también una realidad. La mirada de Freyle sobre la mujer, sobre el indio, sobre el establecimiento colonial, constituyen un fenómeno histórico a partir del cual es posible reconstruir una parte fundamental del imaginario colectivo prevaleciente en la época. Es un indicador de la cultura, de esa ideología que no es sólo consecuencia sino también génesis de la actitud del hombre colonial en la Nueva Granada.

La intención de este trabajo es, en fin, señalar algunos aspectos sobre cómo Rodríguez Freyle, es decir El Carnero¹, miraba a la mujer de su sociedad y de su tiempo.

2.-EL PERSONAJE.

Lo más extraordinario de la vida de Rodríguez Freyle, nacido en 1566, fue haber sido autor de sus crónicas sobre el Nuevo Reino de Granada. El hecho de que su progenitor fuera Pedro de Urzúa, asesinado por su compañero de trajín y de aventura, Lope de Aguirre, no fue insólito porque esas cosas ocurrían todos los días en tales tiempos. Como tampoco es excepcional que en aquellas épocas de fabulaciones sobre el todavía inextinguible Dorado, se volviera buscador de oro, joyas, santillos y fastuosos caimanes dorados de la laguna de Tensacá. Menos extraño resulta su enrolamiento en la cruzada blanca de exterminio de los indígenas insurrectos y en la notable pacificación romana de las rebeldes tribus de los Pijaos. Tampoco se destacó cuando viajó a

España, donde quiso hacer mejor fortuna pero regresó a los seis años por muerte de su protector. Menos aún sobresalió al regresar a la Nueva Granada y dedicarse a la agricultura con la mediocre suerte de una persona incapaz para tales oficios y con poco viento a su favor. Se casó, al igual que mucha gente, a los 37 años y de pronto tuvo hijos pero nada cierto sabemos al respecto. Escribió su obra, y aquí comienza lo extraordinario, entre los 70 y 72 años para morir, poco después, de la muerte ordinaria con que suelen acabar tantos hombres en este mundo.

3.-LA MUJER Y EL CARNERO.

La literatura corriente sobre Freyle ha insistido en una imagen particular del autor sobre la mujer. La supuesta misoginia del autor se ha apoyado en sus terribles invectivas contra el sexo femenino: sabandijas; personas que ciegan, seban y engañan; casta de víboras; armas del diablo; lazo disimulado; seres en los cuales no hay maldad que no se cometa ni crueldad que no pueda ejecutarse. Son epítetos dispersos en una importante cantidad de páginas dedicadas a sucesos de crímenes que conmovieron los primeros años de la colonia americana y en los cuales la mujer, "cabeza de pecado y destrucción del paraíso", tuvo protagonismo esencial.

No hay, sin embargo, suficientes elementos de juicio para imputarle a Freyle un carácter misógino. Es obvio que a nivel personal no existen los suficientes datos biográficos para establecer un perfil psicológico que le acredite al cronista una tal óptica sobre el sexo opuesto. Es muy poco lo que sobre la vida de Freyle se conoce, de modo que quienes así lo juzgan deben fundamentarse en sus escritos para hacer dicha aseveración. Si esto es así, como forzoso es admitirlo, no puede dejar de causar extrañeza el que personas allegadas a la historia, y aún historiadores de oficio, pierdan de vista la compleja significación del discurso escrito y lo reduzcan a una inmediata y simplista traducción psicológica e individual. En efecto, aún bajo el supuesto de la misoginia del autor, ésta no resolvería el importante acervo simbólico que contiene El Carnero en lo

1 Rodríguez Freyle J., El Carnero, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1984

atinente a la figura de la mujer. Porque esta obra es, en la misma o mayor medida de la mirada individual, el reflejo de una cierta mirada social.

Debería recordarse que el universo cultural en el cual se mueve el autor de *El Carnero* es el de una España tradicionalista y fuertemente arraigada en los valores ético-religiosos de la Edad Media. Como lo dice Oscar Gerardo Ramos en la introducción de la misma obra editada por Bedout, "Rodríguez Freyle es, en definitiva, un santafereño de acento español, un temperamento urbano a lo más agrícola". Para Freyle la figura de la mujer era la que una sociedad y un tiempo particulares extrañan del omnipresente mito del Paraíso Terrenal, propio de la tradición judeo-cristiana. Es decir, la de un ser débil, equívoco y que no por azar sino por condiciones de carácter, es elegido por el Tentador para lanzar a todo el género humano en el pecado.

Ahora bien, pese al papel de seductora del pecado que tiene Eva, la leyenda del Paraíso configura una responsabilidad compartida que cobija a Adán y al Demonio en la comisión del delito. Esta es la visión de Freyle cuando en el capítulo XVIII del libro afirma: "el hombre es fuego y la mujer estopa, y llega el diablo y sopla. Pues a donde se entremeten el fuego, el diablo y la mujer ¿qué puede haber de bueno?" No habría misoginia, por lo menos en términos de una posición filosófica respecto de la exclusiva proclividad de la mujer, cuando se reconoce que ella no es la fuente unilateral del mal toda vez que el hombre es por igual responsable de los desvíos. Así lo confirma Freyle en otro aparte: "¡Oh hermosura, causadora de tantos males! ¡Oh mujeres! no quiero decir mal de ellas, ni tampoco de los hombres, pero estoy por decir que hombres y mujeres son las dos más malas sabandijas que Dios crió" (Capítulo VIII). Mas que misoginia lo que parece expresar *El Carnero* es la conciencia, consensual en el siglo XVI español, de que tanto el hombre como la mujer son dos seres frágiles, proclives al mal por causa de su propia condición humana y que tienden a entrar en contubernio con el Demonio para desafiar la voluntad divina.

Pero, además, Freyle no se manifiesta contra todas las mujeres, o contra la mujer en abstracto, sino contra la mujer hermosa, identificándose así con la general imagen de la época que relacionaba la belleza con lo pecaminoso y veía en la mujer bella un ser peligroso por la virtualidad de yerro que portaba. El cronista es insistente en este aspecto: "la hermosura y la locura andan siempre juntas" (Capítulo XIII).

No obstante, Freyle no culpa del todo a la mujer bella por servirle de señuelo al demonio, al afirmar que "siempre la hermosura fue causa de muchas desgracias pero no tiene ella la culpa, que es don dado de Dios. Los culpados son aquellos que usan mal de ella" (Capítulo XVIII). Aquí es clara la ponderación del autor respecto de las imprecaciones contra la belleza de la mujer, lo cual podría ser un argumento suficiente para excluir la misoginia como definición de su desconfianza frente al sexo femenino.

El Carnero es un conjunto de relatos pero es también un discurso moral y en tal sentido recoge todas las invocaciones y advertencias de un buen cristiano que, ya en la vejez, se siente obligado a dar testimonio y a aconsejar a sus semejantes sobre la mejor forma de preservar los valores de la sociedad y de la época. Así, y lejos de la misoginia que desvaloriza a la mujer como tal, sin matices ni posibles diferencias, Freyle reconoce que hay virtud en este ser cuando por discreción o carencia de belleza logra escapar al destino de anzuelo del demonio. Dice entonces: "y yo digo que Dios me libre de mujeres que se olvidan de la honradez y no miran al qué dirán, porque perdida la vergüenza, se perdió todo" (Capítulo XIII). Y señala en el Capítulo XVIII: "¡Oh mujeres, armas del diablo!, las malas digo, que las buenas, que hay muchas, no toca mi pluma sino es para alabarlas". Exclama también en el mismo capítulo: "bienaventuradas las feas, que no he leído que por ellas se hayan perdido reinos ni ciudades, ni sucedido desgracias, ni a mi en ningún tiempo me quitaron el sueño, ni ahora me causan en escribir cosas".

Pese al poco estimulante consuelo de estas palabras para quienes se vieron privadas de los mejores atributos físicos, lo cierto es que Freyle no desvaloriza al ser femenino como tal sino que se advierte a sí mismo y a los demás contra los encantos que la naturaleza le ha dado a algunas de ellas. La desconfianza frente a la naturaleza no es, sobraría decirlo, un distintivo de la misoginia sino uno de los valores raizales del cristianismo adusto y auto-punitivo de la tradición medieval, todavía vigente en la mentalidad española del siglo XVI. El apetito por los dones de la naturaleza en términos de belleza, de gusto por la comida y la bebida, de culto, en fin, a los sentidos era, en tal mentalidad, un muelle pero peligroso sendero que conducía a la perdición de las almas. Freyle moraliza en lo que ello tiene que ver con las mujeres y en eso es un testimonio de indudable valor para conocer una parte del espectro cultural que le correspondió vivir.

Que sus crónicas estén armadas de sucesos en los que el testimonio y el rumor iban de la mano, no reduce la importancia de sus escritos como documento cultural que aporta, en tal dirección, su propia verdad y su propio sentido histórico. Seguramente los relatos de adulterio y de crímenes pasionales en los que la mujer aparece como generadora del drama, no tienen en cuenta la otra y alternativa trama en el cual la mujer podría ser más víctima que victimaría y más engañada que seductora. ¿Pero es que ello invalida su importancia en términos de lo simbólico y lo cultural? Tal vez no. Para tales efectos, lo importante no es la realidad individual de Inés de Hinojosa sino la realidad social que se sirvió de la concreta existencia de esta dama para tejer una imagen de la mujer en ese tiempo y en esos espacios dados.